



Estridencias

El diputado reformista D. Ramón Solano Manso de Zúñiga, el de las verdades restallantes, publicó después de su catibungria un artículo defendiéndose de censuras que por ella se le dirigieron y en que acababa preguntando: «¿Cómo se debe de hablar en la Cámara popular?... ¿Si el pueblo que calla, sufre y espera, quisiera» y «pudiera» contestarme!»

Nosotros le contestaríamos al señor Solano que él hizo muy bien en hablar como habló, que cumplió con ello su deber de representante del pueblo español y que lo cumplió mejor que suele cumplirse; pero nos tememos que una buena parte de ese pueblo que calla, sufre y espera—o más bien desespera,—si pudiese hablar le diría que en la Cámara popular no se debe de hablar de ninguna manera porque es inútil lo que se diga. No es que nosotros compartamos este juicio popular, no; pero el pueblo que calla, sufre y desespera no cree en Cámaras ni en discursos ni—¡y esto es lo terrible!—en verdades. Cree que los que nos des gobiernan no atienden a razones; cree que el gobierno es un accidente fortuito, una fuerza mayor, algo así como un meteoro. Y la guerra de Marruecos, por ejemplo, algo como la sequía o un nublado de pedrisco o un temblor de tierra o la filoxera o la epizootia o el paludismo... El pueblo que calla, sufre y desespera es fatalista. Y en todo cree menos en la palabra.

Dice el señor Solano Manso de Zúñiga que le preguntaban después de que habló que por qué no elevó más el debate, por qué no le dió mayor altura... ¡Si llega a intentar elevarlo! ¡si se le ocurre darle mayor altura! Es decir, llevar la crítica a mayor altura, a mayores alturas. Allí estaba el presidente para atajarle. Aunque a las veces nos parece que el muy ladino del señor Sánchez Guerra lo que se proponía con ciertas interrupciones no es más que subrayar ciertas alusiones, hacer notar adónde van los tiros.

«Dícese con tenaz insistencia—dice el señor Solano—que en el Parlamento todo se dulcifica, se esfuma, se tamiza, se pastelea; que jamás se presenta la verdad desnuda y sin ambajes». Pero esto depende en gran parte de que los «parlamentarios»—el señor Solano, para honra suya, no lo es,—los que se dice que son por excelencia parlamentarios, acaban por no ver la verdad. Les ocurre lo que a los sofistas que puestos a defender el pro o el contra acaban por no distinguirlos.

¿Es que el parlamentario por excelencia no tiene buena vista? ¡Vaya si la tiene! Pero la vista del parlamentario es como la de la lechuza, que ve de noche,

cuando otras aves no ven; pero no ve bien de día y menos a toda luz del sol. La lechuza distingue en lo oscuro su presa, pero no puede mirar al sol como el águila legendaria. Y un parlamentario de oficio, uno que vive del Parlamento y por él, una lechuza de la política profesional, ve muy bien de noche donde está la paloma que va a devorar; pero no ve de día. Y menos las manchas del sol. Una lechuza no puede ver, ni con gafas ahumadas, las manchas del sol.

Dice el señor Solano que él habló con rudeza, «con estridencias un poco populares... llamando a las cosas por sus nombres». ¿Estridencias? ¡Ay, ay, ay! eso de las estridencias es... de mal tono, dicen. Y, sin embargo, señor Solano, lo que hace falta son estridencias.

Se dirán que son contraproducentes... ¡Pamplinas! Dicen eso de la contraproducción de lo estridente y lo propalan para ver si así evitan los estridores de la verdad. Al que esto escribe le han venido amigos ociosos y medianeros embozados diciéndole que son baldías y hasta contraproducentes sus campañas contra el despotismo deportivo del Reino de Es-

paña; que no consigue con eso nada; que nadie le hace caso; que corrobora más lo que trata de enflaquecer; que... ¡cuántas cosas más! Pero sabemos muy bien a qué atenernos.

Hoy, y mientras no cambien los vientos de las alturas, lo más eficaz, lo único eficaz en ese triste Parlamento de lechuzas políticas, son las estridencias. Allí no hay que ir a legislar, sino a gritar la verdad, a descubrir llagas, a arrancar hojas de parra, a escandalizar. ¡Y eso que escandalizar a aquella gente!... Hacen como que se escandalizan, al modo fariseo. Allí hay que ir a gritar en el salón lo que todos se cuchichean en los pasillos. Porque no es lo mismo un hecho público que uno que conocen todos y cada uno de los que componen el público. Publicidad es responsabilidad.

Ahora lo que habrá visto el señor Solano es que le contestaron; pero no respondieron a lo que dijo. Y le contestó el señor Cierva con camelos de patriotería de trapo. Y es que el señor Cierva no responde, porque le tiene un miedo cerval a la responsabilidad. Responsabilidad delegada, claro. Y así dictado.

Miguel de UNAMUNO.

